

tengámonos á la defensiva: rodeemos nuestro campamento con empalizadas y fosos, y antes de tres dias tendrán que huir estenuados y arrepentidos. Entonces caeremos de repente sobre su ejército amedrentado, y no quedará un solo inglés que no sea muerto ó prisionero.

—Os tienen por valiente y por entendido, le replicó el conde de Denia, y no lo manifestais, Beltran, ahora. O teneis miedo á los ingleses, ó no sois amigo de D. Enrique. Hemos tenido un buen estreno: los enemigos están aterrados, y tardaremos en vencerlos lo que tardemos en pelear.

Bernal de Bearne se levantó, y con voz colérica dijo:

—Yo sé que Beltran es valiente, pero hoy procura desmentirlo. Quinientas lanzas me acompañan: si opina el consejo porque nos estemos encerrados como un miserable rebaño, yo acometeré esta misma noche con mis quinientos compañeros á ese príncipe tan temido, y si morimos en la demanda, nos envidiarán los que sobrevivan el honor de haber peleado como cumplidos caballeros.

—Yo os seguiré, dijo el conde de Denia, y moriré tambien como bueno. Conmigo vendrán muchos aragoneses que buscan el honor con ansia y no temen perder las vidas.

Todos los caballeros deseaban aparecer como valientes, y muchos dijeron lo mismo que habia dicho Bernal de Bearne y despues el conde de Denia. Beltran Gúesclin se mordía los labios, hasta que no pudiendo sufrir mas, gritó con una voz de trueno:

—Silencio, señores. El que haya tomado mas castillos, ganado mas batallas y recibido mas heridas que Beltran de Gúesclin, ese podrá escribir sobre mi frente la infame nota de cobarde. Me dice el corazón, señores, que si combatimos mañana, el rey perderá su corona, yo seré muerto ó prisionero; mas nada importa mi creencia. Me habeis tratado de cobarde y aun de traidor: mucha lealtad debo tener al rey D. Enrique cuando he sufrido con paciencia un ultraje tan inmerecido. Mañana se da la batalla: mi lanza herirá la primera, y veremos quién es el último que se retira del combate.

—Lo veremos, dijo el bearnés.

—Lo veremos, Beltran de Gúesclin, repitió el de Denia con calma.

—Señores, dijo D. Enrique, tengo recibidas mil pruebas de todos los ilustres capitanes que toman asiento en mi consejo; todos me profesan un amor que yo les pago con el alma; todos son valientes en el combate, todos entendidos, y experimentados son todos. Amo á Bernal como á un hermano, al conde de Denia lo mismo, y no hay un solo caballero en esta estancia que no haya combatido á mi lado, en Francia, en Aragon ó en las Castillas. Yo quisiera dar gusto á todos, hacer el mio que está conforme con el parecer de los mas fogosos, pero me someto en un todo á lo que resuelva Beltran.

—Señor, respondió el breton con dignidad:

despues de lo que ha sucedido, no queda otro medio posible que dar mañana la batalla.

—Ahora eres Beltran de Gúesclin, dijo el conde de Denia abrazándolo.

—Ahora te conozco, breton, le dijo Bernal de Bearne.

—Y ahora no estoy contento de mí, les respondió el buen capitán.

CAPITULO XVI.

¡Jurais al Dios que nos escucha,
O vencer ó morir!

QUINTANA.

Se dirigió Bernal á su posada ansiando que brillase la aurora para encontrarse frente á frente con el altivo príncipe que habia emponzoñado sus dias. Su imaginación calenturienta le presentaba un panorama de desolacion y esterminio; y aun creia percibir los ayes de los infelices moribundos que habia derribado su tizona. Entre los despojos sangrientos aparecía de vez en cuando una figura de mujer, y entonces buscaba un cadáver que no aparecía ante sus ojos. A traves de su linterna mágica todo cambiaba de colores, y habia momentos celestiales en los que solo veía la sonrisa de aquella mujer cariñosa que le miraba con placer. Sus ojos se cerraban entonces para reconcentrar el pensamiento, y era tan feliz, que olvidaba sus dolores y hasta sus celos. Los olvidaba unos instantes, pero renacían de improviso bajo formas mas espantosas.

No eran los celos de Bernal hijos de la incertidumbre y la duda, una realidad los causaba, y una circunstancia fatal les daba mas terrible aspecto. La hermosa de su adoracion estaba en brazos de otro hombre. ¿Y por qué lo estaba? Porque Bernal no le igualaba en poderío. Si hubiera podido ofrecer el bastardo un trono, como el de Inglaterra, á los pies de su hermosa prima, no la hubiera dado su padre á quien la ofrecía una corona sin poseer antes su corazón. Bernal sentía en sí un tormento que muchas veces nos aqueja y no nos atrevemos á explicárnoslo: Bernal tenía la timidez que tiene un amante que no puede decir á su amada: "por los topacios que te da ese hombre yo te daré ricos diamantes: mis palacios son mas hermosos que los suyos, y mas espléndida mi corte. Yo te ofrezco un amor inmenso, pero rodeado de privaciones: no te digo ven á ser mia para vivir solo en mi amor: adivinaré tu pensamiento y á los rayos de tu hermosura servirán de espléndida aureola las joyas que yo te presente." Ningun monarca de la tierra podia ofrecer mas rica corona á la esposa del príncipe de Gales que la que adornaba su frente.

Estas consideraciones roían los sesos del noble Bernal: es verdad que en algunos instantes alzaba la frente con orgullo y decia: "el príncipe de Gales posee su cuerpo, como esposo: yo soy mas feliz, porque tengo su alma, porque la tengo co-

mo amante." Este consuelo se desvanecía, y solo pensaba en la guerra. Al dia siguiente una gran batalla iba á decidir un imperio. ¿Si la lanza de paladin celoso conseguia tocar el corazón de su rival afortunado, no podria el capitán valiente conquistar provincias y provincias, para ofrecer un rico reino á la viuda del muerto príncipe? Así lo concebía Bernal, y así pensaba ejecutarlo.

Mandó llamar á los caballeros, que combatían bajo su enseña, y así que les hubo reunido les habló en la forma siguiente:

—Muy satisfecho estoy, señores, de la amistad que me profesais, y que me habeis probado bien, siguiendo mi humilde pendon. Mañana se da una batalla contra el parecer de Beltran, y yo he tenido una gran parte en que se decidan á darla. Hay un compromiso de honor entre los principales jefes, pues pretende ser cada cual el último que se retire de los peligros del combate. Yo soy uno de ellos, señores, y voy á proponer un juramento. "Jurémos á Dios y á nuestros padres no retirarnos de la batalla mientras quedemos dos con vida; y si queda uno solamente, no se retirará tampoco sin poner en salvo mi pendon.

Todos lo juraron á una voz, y Bernal los despidió afable, encargándoles estuviesen prontos al primer albor de la mañana.

Solo el bastardo llamó á sus pajes mas queridos y les mandó que le trajesen todas sus armas, pues queria elegir por sí mismo las que habia de usar al dia siguiente. Fué obedecido en el instante, y procedió al punto á elegir las. Tomó una armadura de acero, primorosamente empavonada, regalo que le habia hecho su padre, y que mostraba su sobrenombre en un magnífico sol de oro que destellaba en la coraza. El yelmo tenia cuatro plumas negras, y por cimera un buitre de oro que cebaba su pico y uñas en un leopardo moribundo. Cogió una espada de Toledo que le habia regalado D. Enrique, cuya empuñadura de amatistas tenia la forma de una clava, una daga toda de acero, que le habia dado Beltran Gúesclin, y dos lanzas de agudos hierros, fabricadas en Zaragoza. Encargó á sus pajes que le dispusiesen dos caballos negros y andaluces, tan veloces en la carrera como duros en las fatigas, y despues de todo dispuesto los despidió para acostarse.

Apenas habian salido de la estancia, volvió uno de ellos y dijo á Bernal que unos viajeros recién llegados pedían permiso para hablarle. No vaciló Bernal en concederle, y un momento despues entraron dos caballeros y una dama. Bernal se adelantó á recibirlos, y vió con asombro á Doña Inés entre D. Lope y el buen paje.

—Señora, dijo á la Avendaño: ¿cuando os creía convaleciente en Angulema os hallo á tal hora y en tal sitio la víspera de una batalla?

—He cumplido mi palabra fielmente. Ofrecí no salir de Angulema hasta que lo permitiese el doctor, y he salido con su beneplácito. ¿No me encontráis muy mejorada?

—Sí, Doña Inés, estais mejor; pero las fatigas

del viaje pueden haceros mucho daño. ¿Hace mucho que habeis llegado?

—Nuestras mulas están á la puerta, y he preferido descansar en vuestra posada á pedir hospedaje al rey.

—Mucho os agradezco, Doña Inés, una distinción tan honrosa.

—Agradecedla á mi tutor, que ha creído oportuno daros cuenta de la enferma que le encomendásteis; agradecedlo tambien á Enrique, que ha querido devolveros la joya, son sus palabras, que pusísteis á su cuidado, y agradecedlo á vuestra prima que me entregó esta pequeña caja para que os la diera en mano propia.

La huérfana entregó á Bernal un paquete que puso el bastardo sobre la mesa, preguntando luego á Doña Inés:

—¿Cuándo habeis hablado, señora, con la noble princesa de Gales?

—Dos horas antes de dejar á Angulema. La he debido muchas atenciones y no ha dejado de visitarme un solo dia desde que os vinisteis á Castilla. Me ha tratado como á una hermana.

—¿Y como ha quedado la princesa?

—Triste, Bernal; bastante triste. Tal vez la ausencia de su esposo...

—¿Os hablaba de él mucho, señora?

—Muy pocas veces lo nombraba, pero yo sé por experiencia, que lo que mas siente el corazón está mas lejos de los labios.

Bernal ahogó un hondo suspiro, y continuó Doña Inés:

—Me encuentro bastante cansada, y desearia tomar reposo.

Bernal dió su brazo á la huérfana y la condujo á la habitacion mejor dispuesta de la casa para que descansase en el lecho del capitán la virgen, esposa y viuda.

Cuando volvió, dijo á D. Lope con afectuosa cortesía:

—Tambien necesitaréis, D. Lope, algunas horas de descanso.

—Si me concedeis la hospitalidad por esta noche.

—Mi casa es vuestra, Sr. de Hinestrosa, y mandais en ella como dueño.

Un paje condujo á D. Lope al aposento menos malo que podia ofrecerle Bernal en su posada de campaña.

—Tambien tengo que pedir un favor, dijo el jóven paje al bearnés así que se quedaron solos.

—Habla, Enrique, con confianza.

—¿Me daréis armas y caballo para presentarme en la batalla?

—Las elegirás á tu gusto.

El paje saludó á Bernal, y se salió del aposento.

Así que se vió solo el bastardo cogió la caja de la princesa, y no encontrando una llavecita que debia servir para abrirla, rompió la cerradura al punto, y envuelta en el pañuelo blanco, que lo deslió al dejar á Angulema, encontró una banda morada con este mote en letras de oro: "ADIOS, ADIOS; HASTA EL CIELO."

Bernal llevó la banda á sus labios, la estrechó contra el corazón y exclamó casi delirante:

—Este color es el emblema de nuestros dolores en la tierra: estas letras las aureolas que nos unirán en el cielo. Puesta sobre mi armadura negra, seré invencible en el combate, y miraré al altivo esposo con compasión y con orgullo.

CAPITULO XVII.

Fortun.... Tiende un velo
Sobre suerte tan fatal.
Macias. No sabe ningún mortal
El fin que le guarda el cielo.

LARRA.

AL mismo tiempo que Bernal se disponía para el combate, exigiendo á sus caballeros un juramento que debía hacerlos formidables, Beltran de Güesclin en su posada reunía á sus particulares amigos. Tenía el breton remordimientos por haberse dejado arrastrar de su amor propio, y haber pospuesto los intereses de D. Enrique y la salud de todo el ejército á su honor, con justa razón ofendido. Solo le quedaba el consuelo de que había hecho indispensable la batalla la conducta de Bernal de Bearne, del conde de Denia, y de todos aquellos señores que con mas valor que prudencia habían jurado ir solos á atacar la hueste que el príncipe inglés conducía.

Los primeros que se presentaron fueron Villaines y el noble mariscal D'Audrehem: Beltran les recibió con agasajo, y despues de haberles presentado asiento les dijo:

—Desde que se disolvió el consejo me están bullendo en la cabeza las ideas mas contradictorias, y, ¡vive Dios! que me hacen daño. Tengo la conciencia, señores, de que no llevaremos mañana la mejor parte en el combate, y es muy triste ir al enemigo sin la esperanza de vencer.

—Yo creo, replicó el mariscal, que no faltarán mañana héroes; y que si vertemos nuestra sangre, recibiremos á buena cuenta mucha de nuestros enemigos, Beltran.

—Tambien tengo la misma creencia, añadió á su turno Villaines.

—Y yo, dijo Beltran Güesclin, Bernal de Bearne y sus soldados combatirán como leones: el conde de Denia y los suyos no dejarán que desear: pero esos señores genoveses me parecen mas sueltos de lengua que de manos para matar.

—Si hablais ese lenguaje, señor, no dudaré que vuestras gentes se desanimen, y que se presenten en el combate como un rebaño de corderos.

—Hablo este lenguaje aquí, Villaines, porque tengo el convencimiento, de que cualquiera de nosotros marcharemos al enemigo con la frente serena y alta, aunque tengamos la conciencia de no sobrevivir á él.

Güesclin cruzó los brazos sobre el pecho y los tres guardaron silencio. Fueron entrando poco á poco algunos caballeros mas, y cuando es-

tuvieron reunidos todos los que habian sido convocados, se levantó Beltran Güesclin, paseó una mirada satisfecha por la estancia y dijo:

—Mañana, señores, tendremos un hermoso día. Cada nacion va á combatir en cierto modo por su cuenta, y no seremos los franceses los que demos menos en que pensar al bravo príncipe de Gales. Tenemos cuentas atrasadas con el heredero de Inglaterra; y ya que no hemos podido ajustarlas en el Poitou ó en la Guiena, no será mal campo el de Castilla. Nosotros hemos asentado á D. Enrique sobre el trono de San Fernando, ganando, señores, á la vez, reputación, honra y provecho. Si permitimos que de él baje, la honra se trocará en infamia, y con el oro que hemos recibido no tendremos quizá bastante para pagar nuestros rescates. He tirado el guante, señores, á nombre de todos los franceses: lo han recogido Bernal de Bearne y el aragonés conde de Denia; no quedaremos sin honor si son los últimos que pelean; pero mayor honra tendremos descargando el último golpe.

—Beltran ha hablado como quien es, añadió el mariscal, señores; y yo tengo la confianza de que nosotros obraremos como quien somos, como hidalgos. Mañana al despertar la aurora estaréis á punto de combate: el intrépido Villaines nos manda, y la victoria nos sonríe.

—Señores, añadió Beltran, ya es cerca de la media noche, y no estará mal el descanso. Compañeros, hasta mañana.

Todos los caballeros se alejaron, y al ir á salir el mariscal, lo detuvo Güesclin por el brazo y le dijo con tono afable:

—A vos os hablo con el corazón, á los demas con la cabeza.

El mariscal le estrechó la mano y se dirigió á su posada.

Apenas solo el buen breton, se le presentó su escudero y le dijo:

—Me parece, noble señor, que mañana el leopardo inglés y los dos leones de Castilla ensangrentarán uñas y dientes.

—Y segun yo pienso, le respondió Beltran riendo, no van á quedar mas que las colas.

—En quedando uno que lo cuente, y que ese uno sea de nuestro ejército, no se habrá perdido la jornada.

—No exiges mucho á la verdad. ¡Pero si te dan la elección á quien dejarás para testigo.

—A Beltran de Güesclin.

—Te lo agradezco mucho, amigo; y como no quiero que tú mueras te prohibo terminantemente que me sigas á la batalla.

—¡Es como merced, ó como singular castigo? —Dejarte vivir algunos años, no deja de ser un favor.

—Pues guardadlo para otro escudero, porque yo quiero ser contado en el número de los muertos, pero en el de los cobardes nunca.

—Pues hágase tu voluntad.

—¿Qué armadura os vestiréis, señor?

—La de mejor temple.

—¿Y qué espada os ceñiréis?

—La que mas corte.

—Estais lacónico.

—Una armadura debe ser firme, para resguardar; cortante una espada, para herir: no requieren mas condiciones.

El escudero se alejó, Beltran se acostó sobre unos siales y se durmió profundamente.

CAPITULO XVIII.

Guerra, guerra. La mágica aurora
De la justa venganza brillo:
Ya el arnés de los árabes dora
Con sus rayos espléndido sol.

MIGUEL GONZALEZ AURIOLAS.

EL rey D. Pedro está en su tienda y á la puerta velan Fortun y su compañero Garci. El antiguo montero pasea con manifiesto mal humor y Garci se muerde las uñas y silba mas bajo un antiguo canto de guerra. Mira á Fortun y se sonríe al conocer su mal humor.

—Así estoy yo, dijo el montero, para que me vengan con risas, como una corza perseguida por una docena de perros.

—¿Qué tienes, Fortun?

—Casi nada. Los dos enemigos del cuerpo: hambre y sed.

—Ya veo que te quejas de vicio. Has almorzado esta mañana un cuarteron de pan, y corre por allí un arroyo que puedes apurar si es tu gusto.

—¿Un cuarteron de pan en todo el día! Mucho mas se come un conejo; y por toda bebida agua, como si no hubiera vino en Castilla.

—Trabaja, Fortun, trabaja ahora, que despues recibirás el premio.

Y qué me darán luego, Garci? ¿Me harán, por ventura, condestable, almirante, conde ú obispo?

—No te harán, Fortun, nada de eso; pero beberás todo el vino que pueda resistir tu vientre.

—Si tengo plata con que pagarlo.

—O encuentras quien te lo regale.

Fortun prosiguió sus paseos; mas parándose de repente dijo:

—Mañana, si Dios no lo remedia ó no mete la pata el diablo, tendremos batalla, Garci.

—Así parece, amigo Fortun. Hay muchos hombres en la hueste, que tienen tanta hambre como yo, y que la publican como tú. Los capitanes han dispuesto alimentarnos como á los cuervos, y esta es la principal razón, para apresurar el combate.

—Trabajo me cuesta, Garci, confesarte lo que me sucede; pero á la verdad tengo miedo.

—Eso será el hambre, Fortun. Un pellejo henchido de viento necesita plomo en el fondo para poder tenerse en el pié, y cuando el estómago está vacío suben á la cabeza unos humos que todo lo confunden y ennegrecen.

—Y te parece buen agüero entrar en batalla con hambre? yo me atengo á lo de la caza; Zor-

ra en principio de cazadero mal agüero.—Nunca es bueno estarse en ayunas, ó con una parvedad tan corta como la que hemos tomado esta mañana; pero el soldado que pelea para comerse las provisiones que tiene reunidas su enemigo, tiene mucho interes en triunfar. El lobo hambriento salta la cerca sin necesidad de ningun auxilio, y despues de satisfecha el hambre amontona los corderos muertos para salirse del corral.

—Estoy por el lobo repleto.

—Mañana hablaremos, Fortun.

—El que escape con la piel sana, ó el que pueda remendarla al menos....

—Y el que no sirva para otra cosa, se le quemará como un palmito y está terminada la cuestion.

Así hablaron los ballesteros en el exterior de la tienda: por dentro se trataban altos negocios, y el rey D. Pedro rodeado de muchos señores de Castilla, que, ó le habian permanecido fieles ó querian borrar con sus servicios las dudas que podía tener el monarca sobre su pasada conducta, desplegaba toda la energía que habia mostrado en cien ocasiones, y que habia estado amortiguada ó casi estinguida enteramente durante la corta campaña en que perdió cetro y corona, sin ensangrentar una vez su espada en la sangre de los partidarios de D. Enrique.

Duró el consejo algunas horas: el rey reclamó para sí el mando de los soldados castellanos queriendo guiarlos en la batalla con su prestigio y con su ejemplo. Juró ante todos pelear mientras su corazón latiese, ó ceñir de nuevo la corona, ó guardar infortunio y vergüenza bajo la losa del sepulcro. Los caballeros por su parte juraron tambien secundarlo; muchos eligieron hermanos de armas que combatesen á su lado, y se retiraron dispuestos á conquistar en una batalla el cetro perdido del rey y ricos Estados para ellos.

Fortun y Garci vieron alejarse á todos aquellos señores, y el montero dijo suspirando:

—Algo mejor habrán comido que nosotros.

—Tambien darán mas cuchilladas cuando se empeñe la refriega.

D. Pedro, solo en su aposento, manifestaba viva inquietud, y se asomaba de vez en cuando como para recibir á una persona: sus afanes no tenian éxito, y suspiraba tristemente. Cansado de dar vueltas en valde, se reclinó sobre dos siales, y se quedó al punto dormido. Era su sueño bastante inquieto, pero no le abrumaba la pesadilla que en la fatal noche de Burgos. Suspiraba de vez en cuando, entreabria los ojos y hacia ademán de estrechar contra su corazón algun objeto muy querido. Haría media hora que estaba durmiendo el monarca, cuando penetró en el aposento un hermoso paje, de corta estatura á la verdad, pero con una tez fresca y sonrosada, y tan jóven, que ni un ligero bozo cubria sus mejillas de terciopelo. Se adelantó con veloz paso, llegó á los siales en donde el rey reposaba como hemos dicho, y quedó de pié contemplándole: "¡Raquel, Raquel! decía el monarca, tú eres el ángel de mi guarda, tú eres

mi genio tutelar. Si estoy despierto me reanimas con tu sonrisa seductora ó con tu mirada de fuego; si estoy durmiendo, velas á mi lado tiernamente, y te veo, Raquel, en mis ensueños. Y tú sola, tú sola me has amado. Me entregaron á la Padilla unos parientes codiciosos para reinar sobre el monarca; me dió su amor Juana de Castro para que la proclamase mi esposa; tembló del tigre la Coronel, y me acarició en su regazo para traspasarme el corazón. Tú, ROSA DE JERUSALEM, no me has pedido nada nunca; tú no has encumbrado á tus parientes; tú amas á D. Pedro, y te olvidas del trono que quiere ocupar. Mas ¡ay! si logro en él sentarme, si otra vez ciño la corona, hasta el mismo príncipe de Gales tendrá que postarse á tus pies. Tú eres un ángel; tú... eres... un... ángel... el... Ra... quel... me... a... Las palabras se fueron apagando entre los labios del monarca, y el paje imprimió los suyos con ternura sobre la boca de D. Pedro.

A la presión de aquel dulce beso abrió sus ojos el monarca, y fijándolos en el paje exclamó con tierno alborozo:

—¡Raquel!

El paje tiró su sombrero, y cayeron sobre su espalda los sedosos bucles de la judía.

—Soñaba contigo, añadió el rey.

—Lo sé, respondió la judía, sentándose sobre las rodillas del enamorado monarca. Cuando me acerqué á contemplarte, porque es un placer indecible mirar en sueños al que adoramos, tus labios murmuraban mi nombre con el acento del cariño: cada palabra tuya llevaba á mis venas un fuego que las caldea, como el de la fiebre, pero que es un fuego de vida. Contaba los latidos de tu corazón, y me ponía la mano sobre el mío para hacer que latiesen á un tiempo.

—Loca.

—Sí, loca; pero de placer. Nuestro amor es todo ventura; es una rosa sin espinas bajo un cielo azul y sin nubes. ¿Tú tienes celos?

—No, Raquel. Tengo tanta fe en tu palabra como en mi propio corazón; cuando me abrumen los cuidados te llamo, y con tu sonrisa inefable refrescas el alma enardecida, como las auras á las flores; cada mirada tuya me reanima, como el sol á las plantas; hasta mi nombre pronunciado por tu boca breve y risueña suena más dulce á mis oídos.

—Loco.

—Sí, loco; pero de placer.

—La judía pasó su linda mano por el rostro del rey D. Pedro, y con tanto amor como cuidado le estuvo arreglando la barba.

—¿Piensas, Raquel, le dijo el rey, que voy á presentarme en un sarao? Mañana al despuntar la aurora serán estos campos tranquilos, campos de confusión y muerte, y tú aparecerás en ellos, como la huri que da la corona á los que mueren con valor.

—No me has preguntado, D. Pedro, por el éxito de mi misión.

—Te vi tan hermosa y tan amante, que solo pen-

sé en la dicha inmensa de estrecharte contra mi pecho.

—Esto no es justo, señor rey, el enviado debe dar cuenta con solemnidad, al monarca, y voy á cumplir como debo.

Raquel se deslizó de las rodillas, tomó una actitud algo teatral, y dijo ahuecando la voz:

—Rey de Castilla, desafiando con intrepidez los peligros crucé el campo sola y á pie, penetré en Nájera, y llegué á la posada del hombre que podía hacer mucho en favor de la causa del rey D. Pedro. Penetré en su estancia osadamente, y le expliqué en pocas palabras el objeto de mi visita. Se quedó mirándome fijamente como para combinar un recuerdo, y yo quise ayudar su memoria pronunciando el nombre de mi padre. Apenas le oí, quise abrazarme.

—¿Y lo permitiste?

—No, D. Pedro.

—Querria mejor perder mi trono, que verte en brazos de algun hombre.

—No le permití que lo hiciera, y le exigí respuesta pronta á mi terminante pregunta. Hablamos sobre las ventajas que reportaría de su traición, y yo se las reduje á oro. Quiso saber la cantidad. No tiene guarismo, contesté: dejad satisfecha vuestra ambición señalando la que queráis.

—Querrá mi tesoro, Raquel.

—Dosecientas mil doblas de oro bien pueden darse por la corona de Castilla.

El rey se levantó de su sitio, y estrechó de nuevo entre sus brazos á la seductora judía. No le acogió Raquel como antes; habia descubierto en el monarca una refinada codicia, y LA ROSA DE JERUSALEM tenia sentimientos muy elevados para regatear unas cuantas doblas á la posesión de un rico imperio.

—Recibes con frialdad mi abrazo, Raquel.

—¿No sabes la causa, rey D. Pedro?

—No, Raquel mia.

—Este abrazo que acabas de darme, no es la recompensa de los peligros que he arrojado impávida por tu amor: es el premio de haber ajustado barato.

—Raquel.

—No quieras engañarme, D. Pedro. Te llaman avaro con razón, y te has achicado mucho á mis ojos. Bien sabes que soy entusiasta, y que el hombre á quien yo venero, ha de ser bravo entre los bravos y entre los espléndidos espléndido. La pequeñez y la medianía se tocan tanto, que se confunden: y ese "querrá mi tesoro," rey, me ha llegado hasta el corazón.

LA ROSA DE JERUSALEM bajó los ojos avergonzada, y el rey D. Pedro quedó mudo, sin atreverse á dar excusas por temor de irritarla más.

Una luz débil y plateada vino á confundirse con la luz que la lámpara despedía: era el primer rayo de la aurora. Raquel se acercó al rey D. Pedro, le cogió la mano con fuerza, y le hizo salir á campo raso.

—Rey de Castilla, le dijo tendiendo su mano

derecha: ya brilla en oriente la aurora que debe alumbrar tu venganza. Si estimas en algo mi cariño, si quieres borrar la fea mancha que has impreso sobre tu frente, pelea como el león de los desiertos y abate cuanto te resista. Si no sobrepajas á todos, si hay otro más valiente que tú, te despreciaré, rey D. Pedro.

Yo te juro, Raquel hermosa, que caerán los fuertes guerreros al filo de mi cortante espada como las mieses en Agosto...

—No es bastante; deben caer como las encinas bajo el hacha. Si mueres, yo me sentaré sobre la losa de tu sepulcro, y mis suspiros y mis llantos darán calor á tus cenizas; pero si vives dishonrado, huiré de tí como una sombra, y no estrecharás mas entre tus brazos á esta judía de sangre humilde, pero con un corazón tan heroico como el de María de Molina.

—Ven á mis brazos, ven, Raquel. Mi corazón late en el pecho por tu amor, también por mi gloria. Grande quiero ser á tus ojos, tan grande me verás muy pronto, que tendrás que mirar al cielo para encontrarme entre las nubes, iluminado por el sol.

—Toma mis brazos, rey D. Pedro.

—¿Será el último abrazo, Raquel?

—Si así ha de ser, ruego al Altísimo que sea, D. Pedro, por tu muerte.

CAPITULO XIX.

Hurra, cosacos del desierto, hurra;
La Europa os brinda espléndido botín,
Sangrienta charea sus campañas sean,
De los grajos su ejército festin.

ESPONCEDA.

EL rosicler de la mañana va tomando vivos colores: desde un gran globo de rubíes parten mil rayos nacarados, que argentan las cimas de los montes, el azul del cielo y los mares. La naturaleza saluda el despertar del nuevo día, y el canto de los ruiseñores se confunde con el murmurio de la fuente ó de las olas adormidas, que lamen á compas monótono la menuda arena de la playa. Fragantes ramos de jazmines sacuden gotas de rocío sobre una alfombra de violetas, y las auras besan amantes al virginal capullo que tiende sus pétalos ricos de aromas. El gallo despierta al pastor, y dejan los corderos su apriseo, para paecer la yerba húmeda que suele causarles la muerte. Cuelga el trovador el laud con que acompañó tristes endechas, y da el último adiós á las rejas que sirven de cárcel á su alma, porque tras ellas está guardada la hermosa virgen de sus ensueños, ó de sus delirios la esposa. Algun amante desdenado cierra sus párpados ardientes tras una larga noche de insomnio; y antípoda de la naturaleza duerme al aparecer la luz; porque las sombras simpatizan con las tinieblas de su alma. Dios sonríe desde su aéreo trono y se felicita de haber hecho la más hermosa de sus creaciones: el

hombre repite el *fiat lux* y el *Hosanna* con que saluda al autor de tantos prodigios.

Más no es el canto de las aves el que hiende las leves auras y es repetido por los ecos. La ronca voz de las trompetas llama á los guerreros dormidos, y la voz del príncipe de Gales comunicaba breves órdenes. Unos visten la menuda cota, ciñen otros bruñidas corazas, sujétanse acerados yelmos, y blanden picas y ballestas. Los caballos saludan al sol como el del afortunado Darío; y con sus herrados pies y manos saean centellas de las rocas. Recorren á escape los cabos las filas de sus hombres de guerra, y después todos se reúnen á saber el orden de batalla que ha determinado el caudillo.

Cabalga el príncipe de Gales sobre un caballo flor de lino cuya lengua crin y negra cola flotan agitadas por las auras como las hojas de los plátanos. Lleva el príncipe rica armadura con primorosos embutidos, y la visera levantada, para arengar á sus guerreros. Confía la primera batalla á su hermano el duque de Lancaster, compuesta de tres mil guerreros pesadamente armados todos: y servían bajo el mando del duque, Hugo de Carbolay, Nicolas de Aubechicourt, Enrique y Gualtero Huet, Juan de Ebreus, Tomas Daldonne y otros muchísimos caballeros de grande valor y gran fama. Quinientos arqueros ingleses, muy veteranos y muy diestros, reforzaban esta batalla, que condujo el duque de Lancaster sobre la derecha de Nájera. La segunda batalla encargó el príncipe á su primo, á quien acompañaba el señor de Pommier, el noble senescal de Burdeos, Gualtero D'Aubecote, su hermano Othon, el conde de Montleson, el conde de Isle, el señor de Pons, el señor de Mocident, y Focaut d'Archiac, con cuatro mil hombres de armas, que debían pelear con los aragoneses auxiliares del rey de Castilla D. Enrique.

El príncipe se acercó á su primo y delante de la hueste dijo:

—Hoy veré, primo, tus proezas combatiendo contra castellanos.

—Señor, le respondió con desenfado, no tengas duda que iré á ellos con satisfacción indecible, pues tengo más gana de encontrarlos que de comer y beber buen vino.

La tercera batalla confió el príncipe á Juan de Chandos, compuesta de cuatro mil hombres de armas y doscientos arqueros al mando del señor de Partenay, y le dijo:

—Mucha confianza tengo en tí, y con justa razón á fé. Seguid á las otras batallas, y si un solo hombre vuelve la espalda, mandadle cortar la cabeza.

Chandos ofreció hacerlo así, y dijo después á sus soldados:

—Señores, nos conviene pelear como leones para ganar con que mantenernos. No hemos almorzado esta mañana, y si no quedamos vencedores nos acostaremos sin cenar.

El príncipe tomó para sí la cuarta batalla, con servando á su lado al conde d'Armagnac, al seño-

de Labrit, y al noble conde de Pennebroc. La recorrió de fila en fila, y despues de haberlas ordenado dijo:

—Señores, yo os suplico, en nombre de Dios, que mostreis un ánimo heroico y me ayudeis como leales. Habeis sufrido por mi causa grandes privaciones y trabajos; pero si llevamos á fin la empresa, no tendremos de que quejarnos. Si hoy la fortuna me es propicia, todos los príncipes de la tierra se humillarán ante mis plantas: yo reinaré sobre todos ellos, como el árbitro de sus destinos. Tambien os suplico, señores, que no hagais prisioneros castellanos: llamen vuestra atencion Bernal de Bearne, Beltran Güesclin, el mariscal de Francia y sus gentes. Olvidad vuestra hambre, soldados; los manjares están en Nájera, y allí cenaremos esta noche. Ved aquí á Don Pedro de Castilla: él os dará joyas, plata y oro: todo cuanto podeis pensar.

Don Pedro miró al príncipe de Gales, despues á la judía, que con su vestido de hombre estaba cerca del monarca, y confirmó á la hueste inglesa lo que acababa de decir el príncipe.

Chandos se aproximó al de Gales, y le dijo en tono risueño:

—Los soldados de Don Enrique esperan que el sol los caliente para presentar la batalla, pues no se distingue un solo hombre.

El príncipe llamó á un heraldo y le dijo:

—Ve al campo enemigo, y dí al capitán de Güesclin, que se apreste para el combate, si no quiere perder en un dia su reputacion de valiente y la gloria de muchos años.

El heraldo partió al momento y Don Pedro se acercó al príncipe.

—¿Qué vais á decirme, rey de Castilla?

—Que hemos ganado la batalla.

—Muy pronto cantais la victoria, y no se ha disparado una flecha.

—Se han disparado doscientas mil doblas y hay un tercio menos de enemigos. Esto vale por cien mil flechas.

—Empuñad con todo la espada, y tened confianza en el acero.

—No será la que menos corte, ilustre príncipe de Gales.

—O vencedor ó muerto, Don Pedro, dijo en voz baja la judía.

CAPITULO XX.

Que el que está de ricios lleno
Es enemigo mortal
Del que del mal es ajeno,
Mas los buenos de lo bueno
Nunca saben decir mal.

JUAN DE LA ENCINA.

BELTRAN de Güesclin dormia tan tranquilo la vispera de una batalla como la de una fiesta de corte. Avezado desde muy niño á toda clase de peligros, los veia llegar sin inquietarse, y despues de haber tomado las precauciones, que como ge-

neral prudente debia no dejar en olvido, así se cuidaba de su vida como de peinarse la barba. No era menos valiente que Beltran el joven bastardo de Bearne; pero su sangre mas ardiente y el motivo que le impulsaba á desear cruzar su lanza con la del príncipe de Gales no le dejaron dormir mucho. Se levantó antes que amaneciese; llamó por sí mismo á su escudero, y armándose de todas armas se encaminó al alojamiento que ocupaba el noble breton. No encontró obstáculo hasta el aposento en que reposaba Beltran, y habiendo penetrado en él, halló tendido sobre los siales á Güesclin respirando como una ballena; y tan profundamente dormido, que bien podian haber disparado cien cañones en la estancia, antes que volviese de su sueño. Bernal le miró con interes, y enjugándole las anchas gotas de sudor, que humedecian su faz morena, exclamó:

—Loco estuvo el conde de Denia, y yo estuve mucho mas loco cuando puse en duda el valor del mas bizarro caballero que calza espuela en este siglo. Soldado valiente en el combate y cauto capitán en el consejo, tuvo mas razon que nosotros, y fué mas leal para su rey. Yo daría mi sangre si á su precio comprara la muerte del príncipe: yo no combato por Don Enrique, ni la santa amistad me anima; combato por hacer morir al rival que mis dias amarga, y me animan amor y celos. ¡Qué bien has hecho, hermosa prima, en remitirme aquesta banda! mi corazon es mas altivo á su contacto y de hoy en adelante mis colores serán morados con franjas de oro. Hoy quedará manchada en sangre, pero no perderá su mérito; y si perezco, algun amigo te la devolverá empapada con la enemiga y con la propia. Hizo una leve pausa Bernal, y añadió despues con voz sonora: Beltran de Güesclin, tú eres un héroe: yo soy un amante desgraciado.

—¿Quién me llama? murmuró Güesclin; y sentándose sobre el sitial dijo al bearnés afablemente:

—Felices dias, amigo Bernal.

—Aun no ha despuntado la aurora.

—¿Y vienes á advertirme, amigo, que no debe dormir el general cuando los demas capitanes velan?

—He venido, Beltran de Güesclin, á solicitar tu perdon.

Beltran llevó sus manos á los ojos, y se los estregó varias veces.

—Sin duda, añadió, que estoy soñando, y se adelantó hácia Bernal á quien tocó en varios parajes.—Pues ¡vive Dios! que toco acero, y que me pareceis mi amigo, el noble Bernal de Bearne.

—No te engañas, bizarro breton. ¿Por qué dudas de la realidad?

—Porque como no me has ofendido, no necesitas que te perdone.

—Estuve imprudente en el consejo, muy imprudente, general.

—En el consejo, repuso Güesclin con voz solemne, cada cual emite el parecer que considera mas oportuno, y debe hacerlo con libertad, con

independencia absoluta. Quizás vosotros deciais bien, y yo estaba obeeado entonces.

—Beltran, siempre tan generoso.

—Bernal de Bearne, siempre tan valiente y al mismo tiempo tan humilde. ¿Pero qué piensas sobre la batalla?

—Pienso pelear mientras haya otro que me acompañe.

—Lo mismo pienso hacer, si Dios no dispone de mí otra cosa. Pero ya que me has quitado el sueño, salgamos á dar una vuelta en derredor de los cuarteles...

Llamó Güesclin á su escudero, se vistió una armadura tosca, pero de un temple singular, ciñó una espada de siete palmos, y dando su brazo á Bernal salió con él del aposento.

Cuando salieron Bernal y Güesclin rayaba apenas el crepúsculo, y algunas estrellas amortiguadas aparecian como fuegos fátuos sobre un fondo de azul turquí. Se aproximaron los capitanes á los diferentes cuarteles, y los centinelas los recibieron con el *qui n vive* acostumbrado. Antes de llegar oían á lo lejos el monótono grito de *alerta*, y entre el ladrido de los perros se perdian sus pasos errantes. No reinaba el bullicio del dia, pero tampoco aquella calma lúgubre y profunda de la noche. Era el bostezar de los que despiertan confundidos con los suspiros, con los ayes mal articulados, y con los gritos casi imperceptibles.

Al desembocar en una plaza vieron un escuadrón en línea, cuyas armaduras iluminadas por aquella luz cenicienta que dan las estrellas, el lucero de la mañana, y el primer albor de la misma, tenían un no sé qué de fantástico, que les asemejaba á los espíritus que vió batallar Jeremías sobre Jerusalem proscrita. Dos corazones menos intrépidos que los de los dos capitanes se hubieran helado de pavor; pero el bearnés y Beltran Güesclin no habian visto la cara al miedo, ni se atemorizaban por nada.

—¿Qué gente? preguntó Beltran.

—Bonal, respondió un caballero.

—Valientes amigos, dijo el bearnés adelantándose hácia su tropa: el ejército entero duerme, y ya os encontrais á caballo?

—Señor, repuso el caballero: nuestros juramentos son sagrados; somos los primeros en estar prontos á presentarnos al enemigo; tú serás el último, señor, en retirarte del combate.

—Con caballeros como estos, dijo Beltran Güesclin al bastardo, es lícito tener orgullo, y confianza en salir triunfante. Si en vez de quinientos fueran diez mil, yo no temería á los ingleses.

—Bastantes somos para morir, replicó el caballero con calma.

—¿Y para triunfar! exclamó el bastardo, si no es enemiga la fortuna.

El breton movió la cabeza en signo de duda, y dijo despues á Bernal:

—Esperemos entre estos valientes á que luzca un poco mas el dia, y presentémoslos al ejército

como modelo de disciplina y al mismo tiempo de valor.

Bernal y Güesclin se sentaron en las gradas de un monasterio.

CAPITULO XXI.

De un lado nos cerca el Duero,
Del otro Peña Tajada;
La salida está en vencer,
Y en el valor la esperanza.
La sangre de los infieles
Enturbie del Duero el agua.

ABDALLA EL KORAJKI.

La aurora se mostró un poco mas y el primer caballero que llegó á la plaza fué el rey Don Enrique el Segundo. Venia completamente armado y un paje le seguia á algunos pasos, trayendo de la brida al célebre caballo tordo que conocimos en Carmona. A pesar de sus trece años conservaba la misma lozanía, y al eco de un clarín de guerra se gallardeaba como el último dia que lo montó su ilustre dueño, el noble Maestre Don Fadrique. Pero por un privilegio de la edad, y valiéndome de la espresion de un poeta, habia trocado el ébano en plata; mas claro, su piel mezclada de plomo y negro se habia encanecido poco á poco hasta quedar enteramente blanca:

Beltran y el bearnés salieron al encuentro del rey, que les agradeció como era justo su solicitud y su celo, quedando admirado del porte marcial, y sobre todo de la premura con que se habian presentado en línea los pundonorosos caballeros que seguian el pendon de Bernal.

Pocos momentos despues del rey llegó el condestable de Castilla, acompañado del conde de Denia, armados de piés á cabeza, con sus escuderos y dos pajes que sus caballos conducian. Vio despues el mariscal D'Audrehem acompañado de Villaines, y sucesivamente otros caballeros, entre los cuales se distinguian Don Pedro Nuñez, Maestre de Calatrava, y Don Pedro Mejía, que era maestre de Santiago.

Se mandaron tocar las trompetas, y los diferentes cuerpos de ejército se fueron reuniendo en el lugar que de antemano se habia designado á cada uno. No era el ánimo de Beltran apresurar un solo momento el combate, y no se dió prisa á salir al campo, persuadido que si se retardaba un solo dia, tendrían que huir los enemigos, sintiendo el aguijón del hambre, que ya les punzaba de cerca.

Bernal, que ansiaba con toda su alma llegar al trance de la lid, no osaba mostrar su impaciencia, por no ofender de nuevo á un hombre cuyo perdon habia solicitado antes: el conde de Denia por su parte conocia la grande injusticia que habia hecho al general breton, y si no llevaba su abnegacion al mismo punto que el bastardo, tenia la prudencia bastante para no promover un nuevo altercado, del que no sabia dria muy airoso. Don Enrique se acercó á Beltran, y llevándole adonde pudiesen explicarse sin ser oídos, le preguntó:

—¿Qué piensas, Beltran, sobre dar ó no la batalla?

—Señor, si el inglés nos la pide, no hay otro remedio que darla.

—Si la rehusásemos, Güesclin, perderíamos crédito y prestigio.

—El resultado de una campaña es el que aumenta ó disminuye el crédito de un general: si somos vencidos, señor, perderemos en un solo día nuestro trabajo y vuestro cetro. Pero no es hora de dudar, y quiero haceros un encargo. No os dejéis hacer prisionero; pues si Don Pedro logra apoderarse de vos, os podeis contar por difunto.

—No me espanta la muerte, Beltran; pero quiero morir matando.

—Si se ha de morir de algun modo, lo considero el menos malo.

—Y el mas digno de un rey, Beltran. El único de morir con honra.

Terminó su conversacion la llegada de un heraldo inglés, que dirigiéndose á los caballeros, á los cuales se aproximaron Don Enrique y Beltran,

—Señor, dijo el heraldo al rey: el príncipe de Gales, mi señor, os reta á batalla campal, y espera una pronta respuesta.

—Heraldo, le replicó Beltran de Güesclin: me parece que el príncipe de Gales, que tú, y que cuantos caballeros le acompañan, están pereciendo de hambre, y que presentais la batalla para conquistar nuestros ranchos.

—Señor, repuso el heraldo á Güesclin; no hay un solo soldado en nuestra hueste, que no se haya comido dos bueyes... de memoria.

Los caballeros no pudieron detener la risa; y Beltran mandó que trajesen al heraldo algunos nutritivos fiambres y botellas de vino añejo. El heraldo no se hizo rogar, comió como quien tiene hambre, y bebió como quien ha comido bien. Despues le preguntó Güesclin:

—Dime, amigo mio, y no pretendas engañarme: ¿qué tal vino se bebe por allá?

—Señor, el mejor vino que tenemos es el agua pura de un arroyo: y no creo que lo beberemos hasta despues de la batalla.

—Dí al príncipe de Gales que mueva su hueste; nosotros vamos á su encuentro.

El heraldo partió á toda brida y Beltran comunicó sus órdenes para que se moviese el ejército. Salió todo fuera de Nájera: Beltran eligió el terreno mas á propósito y procedió á ordenar su hueste.

Colocó en la primera batalla á diez mil guerreros castellanos, bien armados y tan apuestos, que parecían hombres capaces de conquistar un hemisferio. Llamó al condestable de Castilla, le encargó que los acandillase, y dijo al mariscal D'Audrehem, que fundaba grandes esperanzas en ellos.

—Mariscal, tengo la desgracia de no ver las cosas como vos. Si estas gentes no pelean como tigres, todo lo perdemos en un día.

Don Enrique se presentó á los castellanos y les habló de esta manera:

—Vuestra voluntad, nobles guerreros, me ha colocado sobre el trono: hoy es la ocasion de defenderme, y de acreditar á los extranjeros, que tiene Castilla hijos valientes, firmes en sus votos y leales. Disparada la primera flecha, está la salud en vencer y la esperanza en el valor.

Formada la segunda batalla con los genoveses auxiliares, se aproximó á ellos Don Enrique y les dijo:

—Por Dios, señores, que os mostreis fieles y bizarros. Allí está Don Pedro, que trae un pueblo entero de soldados, y si somos vencidos creed que seréis degollados todos. Espadas y manos teneis: tened, soldados, corazon.

El capitán de los genoveses sonrió, haciendo mil protestas al rey.

Beltran llamó á Guillermo Boitel, al mariscal D'Audrehem, á Villaines, y á otros caballeros franceses, y les dijo:

—Señores, permanezcamos todos juntos con las gentes de nuestro país: yo no sé lo que sucederá; pero mejor pelearemos reunidos, que diseminados en las filas. Animo y Dios nos conceda la victoria.

Bernal con sus quinientas lanzas eligió un paraje conveniente, y el ejército entero marchó al encuentro de los ingleses.

Las tropas del príncipe avanzaron, divididas en tres batallas, y Enrique de Gales con la cuarta les cerraba la retaguardia.

Dos colinas poco elevadas se levantaban sobre el campo: en la una habia una mujer y un anciano, en la otra un paje, jóven y hermoso como un ángel. Eran, Doña Inés, la judía y el viejo alcaide de Carmona.

CAPITULO XXII.

“Ha de mis valientes, dijo:
Al campo, Aragon, al campo:
Que en los rediles tan solo
Se defienden los rebaños.”
Y batiendo los ijares
De su arrogante caballo
Entre los moros metiése
Do quier la muerte llevando.
Era un leon; de su lanza
Era cada bote un rayo,
Que á los rabiosos musulimes
Llenaba el pecho de espanto
Y á tal esfuerzo y bravura
Perplejos y deslumbrados,
Al par las espadas vuelven
Hacia la villa tornando.

JOSE AMADOR DE LOS RIOS.

Las trompas de los dos ejércitos resonaron, y respondieron los corceles con sus relinchos, y los combatientes con los gritos de *Santiago España* los de Don Enrique, y de *San Jorge y Guena* los del príncipe y de Don Pedro. Empezó la ruda batalla entre los castellanos y las tropas que mandaba el bravo Captal. Don Enrique penetró intrépido en las filas de sus enemigos, y al primer bote de su lanza derribó á un caballero inglés que pretendió cerrarle el paso. Discurriendo de fila

en fila, cada bote tendia á un ginete; y antes de haber roto su asta, diez cuerpos muertos eran testigos de la pujanza de su brazo. Tiró en seguida de la espada, cuya hoja, forjada en Damasco habia salido de los talleres del mas acreditado armero, é hiriendo á diestra y á siniestra rompió enteramente la batalla, y se encontró solo á retaguardia del enemigo. Allí fué rodeado por varios ingleses, que pretendian apoderarse de su persona, y Beltran de Güesclin, que lo vió en situacion tan apurada, dijo á su compañero Villaines:

—Vamos en socorro del rey.

La batalla de los franceses avanzó al grito “*de Güesclin*,” pero les fué imposible penetrar el muro de hierro que oponian los valientes soldados del príncipe. Bernal de Bearne peleaba contra la batalla de Chandos, y cuando vió en tan grande aprieto á Don Enrique, llamó en alta voz á sus quinientos, que como una nube de granizo se desplomaron sobre el Captal y sus guerreros. La espada del bastardo caia sobre las fuertes armaduras, como un martillo sobre el yunque sacando chispas del acero, y rios de sangre de los corazones ingleses. Rompiendo una selva de picas, logró penetrar hasta el sitio en que D. Enrique peleaba, y derribando del primer golpe á un ballestero, que iba á descargar su hacha de armas sobre la cabeza del rey, gritó:

—D. Enrique de Castilla, descarga sin temor, descarga, que aquí está Bernal de Bearne.

A esta voz amiga, D. Enrique redobló furibundos golpes, y cuando los caballeros del bearnés lograron reunirse á Bernal, ya habia repasado D. Enrique la batalla, y peleaba al lado de Güesclin, que le dijo:

—Señor, ¿por qué buscáis la muerte desde el principio del combate? Tened un poco de paciencia, y esperad que llegue la ocasion de perecer ó de triunfar.

—Beltran, contestó D. Enrique, mejor quiero morir en la batalla que ser prisionero ó vencido. Si caigo en manos de D. Pedro, me hará morir como á un ladron; si perezco al filo de una espada, mi tizona me habrá vengado. Quiero dar, Beltran, el ejemplo.

D. Enrique volvió á confundirse entre los enemigos y Beltran Güesclin con los franceses pasó al extremo izquierdo de la línea, para rechazar al duque de Lancaster que se desplomaba sobre ella.

En el momento que Juan de Chandos se vió libre de los bearneses, cargó sobre los castellanos, sin encontrar obstáculo alguno en los veinte mil genoveses, que le vieron desfilar ante ellos sin disparar una saeta. El condestable de Castilla le salió al encuentro, y del primer bote de lanza dejó sin vida á un escudero de Juan de Chandos, llamado Magdalenc. Furioso Chandos por la pérdida de un escudero á quien amaba, se lanzó sobre el condestable con otros muchos; y tantos golpes le descargaron, que roto el escudo en pedazos, y aboyados yelmo y coraza, cayó en tier-

ra casi sin sentido. D. Enrique que no estaba lejos y que amaba mucho al condestable, puso espuelas á su caballo, y seguido de algunos escuderos que se hallaban á su alrededor, se abrió paso entre los enemigos; y haciendo retirar á Chandos y á su batalla un tiro de dardo, levantó del suelo al condestable, y volviéndole á montar al punto sobre un poderoso caballo, le dijo:

—Valiente condestable, te has portado como quien eres: si todos pelearan como tú, por nuestra tendríamos la victoria.

Beltran Güesclin y sus franceses peleaban con el de Lancaster, como una manada de leones, formando un escuadron cerrado; todos los esfuerzos de los enemigos eran inútiles, y los golpes de sus hachas de armas hacian saltar las armaduras y cercenaban miembros enteros. El mariscal D'Audrehem, Villaines, y el formidable Güesclin, peleaban mezclados con los suyos; pero se conocian sus golpes por la profundidad de las heridas que en sus enemigos causaban.

—Bernal de Bearne combatia contra el Captal y contra Chandos, y aunque deseaba con ardor atacar la reserva del príncipe, no se aventuraba á desamparar la defensa de los castellanos, y callaba la voz de sus celos ante la amistad y el deber. Su armadura negra reflectaba los rayos del sol con una luz siniestra y lúgubre, y las letras de oro de su banda parecian ser la despedida que los moribundos hacian á sus esposas y á sus madres. Conocianlo los enemigos por las plumas negras de su penacho, y lo veian pasar como un torrente abriendo cauce en su carrera. La espada de Bernal no brillaba, porque la sangre la enrojecia, y estaba empapado su guantelete en la que su puño bañaba. Doña Inés veia desde su colina los nobles hechos del bastardo, y LA ROSA DE JERUSALEM se preguntaba quién era aquel rayo de la guerra, estando corrida porque D. Pedro no tomaba parte en la lid.

—Miraba el príncipe de Gales la resistencia de los castellanos, que peleaban contra el Captal y Juan de Chandos, y estaba admirado de ver la intrepidez con que Beltran y sus compañeros de armas apretaban al duque de Lancaster, hasta el punto de hacerle replegarse sobre el centro de toda la línea. Inquieto por una resistencia, que se iba cambiando en acometida, mandó que tocasen los clarines, las chirimías, y unas grandes trompetas de plata, que resonaban á lo lejos como los truenos en las nubes; y escuadronando su reserva la mandó avanzar rápidamente contra la hueste de D. Enrique, gritándoles con ronca voz:

—Si yo no desenvaino la espada, no tendrá fin este combate ni se asentará el rey D. Pedro sobre el trono de sus mayores. Conducidme adonde haya mas enemigos, y sobre todo mas valientes. Marchemos contra aquel escuadron, que tan cerrado permanece, y juro á san Jorge y á mi padre desbaratarlo si no muero.

Los escuadrones se precipitaron, y el príncipe marchaba á la cabeza, acompañado del rey D. Pedro, del conde de Armaignac, del señor de La-